

La conmemoración del centenario del nacimiento de Antonio José está permitiendo a los burgaleses profundizar en la valía personal y profesional de uno de los más importantes músicos de nuestra cultura contemporánea, que tuvo la desgracia de ver truncada su vida en plena juventud y capacidad creativa.

Este extraordinario compositor, cuya figura reivindica Burgos con la organización de un amplio programa de actividades, es ya uno de los principales exponentes de nuestra cultura por su amplia proyección nacional. En la difícil época que le tocó vivir, la ciudad no valoró el talento de Antonio José. Ahora tenemos la oportunidad de saldar esa deuda dando a conocer la obra de este creador incansable quien, al igual que sus homólogos de la Generación Musical del 27, buscó la renovación del lenguaje musical español sin renunciar a la herencia del pasado. La exposición *Burgos 1902-1936. Antonio José y su época* se nos antoja como una magnífica ocasión para conocer en profundidad y contextualizar la figura de quien fue un profundo amante de Burgos.

Este artista utópico y progresista, rebelde y vanguardista para su época era, además de un músico excepcional, una persona que destacaba por su honradez, sentido de la justicia, su sinceridad, su laboriosidad y su optimismo frente a las dificultades. Antonio José es ya, para nosotros, un ejemplo a seguir por el sentido solidario que le dio a su vida, concebida -como él mismo relató- como una misión que, una vez descubierta, había que cumplir con entusiasmo y esfuerzo.

Son muchos los ciudadanos que han participado con agrado en la organización de esta muestra. A ellos y al comisario de esta exposición, Juan Carlos Pérez Manrique, quiero agradecerles el trabajo de recopilación que han llevado a cabo y que nos permite reconstruir fielmente, por el diverso material documental y gráfico empleado, el primer tercio del siglo XX.

Para el Ayuntamiento, es una satisfacción contribuir a reavivar la figura de un hombre de talento, provisto de un afán de saber insaciable, que quiso a Burgos por encima de todo haciendo que destacara en los aspectos cultural y artístico. Justo es que ahora los burgaleses reconozcamos y agradezcamos el prodigioso y fantástico legado musical que Antonio José nos dejó y del que, afortunadamente, podrán disfrutar las generaciones venideras.

Ángel Olivares Ramírez
Alcalde de Burgos

El Burgos inquieto de Antonio José (1902 - 1936)

Antonio José nace en 1902 en un Burgos de 30.000 habitantes, cuya fisonomía urbana nos resultaría bien reconocible si pudiésemos regresar a la ciudad de entonces. A lo largo del siglo XIX se habían derribado las murallas, renovado el caserío y construido nuevos edificios como el Teatro Principal, la Diputación, la Audiencia o la plaza de toros de los Vadillos. Se habían cubierto esguebas, rellenado espacios vacíos, abierto nuevas calles y paseos y realizado importantes mejoras. Todo ello había configurado una ciudad nueva coincidente en buena parte con lo que hoy llamamos casco histórico.

El ferrocarril había revolucionado el sentido de la distancia, la idea del tiempo. Desde la llegada del primer tren en 1860, Madrid había dejado de estar a jornada y media y el trasiego diario de viajeros, periódicos e ideas hacía por sacar a la ciudad de su ensimismamiento. Son años de cierto cambio al hilo de las posibilidades de negocio abiertas por la desamortización y de las ventajas derivadas de la condición de capital provincial y de importante plaza militar y judicial.

Antonio Fernández Sancha ha señalado cómo aquellas oportunidades de enriquecimiento fueron aprovechadas por una minoría, una élite cerrada que se traslada a vivir al nuevo centro comprendido entre la Isla y la Plaza San Juan, sector en el que la transformación urbana ocupa sus esfuerzos en contraste con los barrios del sur caracterizados por la pobreza de sus construcciones y falta de infraestructuras. Los desequilibrios en la organización del espacio físico que son el reflejo de los existentes en la composición del grupo social que soporta donde predomina el asalariado que, en muchas ocasiones, sólo dispone de trabajo de forma eventual. Jornaleros y peones constituyen el grueso de una clase trabajadora que si bien es verdad que (sobre todo desde 1920) logra ir mejorando su poder adquisitivo también es cierto que en ningún momento logra alcanzar el umbral básico de subsistencia. Carmen Delgado señala que en 1904 uno de cada tres burgaleses está censado como pobre y en 1933, uno de cada cuatro. Y no hay duda de que son muchos más los que, aunque no reúnan los requisitos exigidos para obtener aquella condición, sobreviven en el marco de la miseria.

Cuando comienza el siglo XX en la ciudad permanecen no pocos aspectos de la centuria anterior, un cierto aire de estancamiento. Pero también es verdad que en el Burgos de hace cien años empiezan a percibirse transformaciones y la presencia de las novedades más recientes de la época. Las casas de las familias más acomodadas comienzan a dotarse de agua corriente, luz eléctrica y teléfono; por las calles circulaban ya los primeros automóviles con matrícula de la ciudad y cada vez más burgaleses asistían a esas sesiones en las que una "linterna mágica" ofrecía imágenes en movimiento.

Existe una cultura minoritaria que se desarrolla en los espacios (fundamentalmente masculinos) ocupados por ese reducido sector social privilegiado y que dispone de más tiempo libre, más tiempo de ocio: son el Salón de Recreo, el Casino, el Teatro (con representaciones de teatro y zarzuela, cinematógrafo, conciertos)... Las noticias y referencias de esas actividades se recogen en los diferentes periódicos locales (El Papa-Moscas, Diario de Burgos, El Castellano...), lugar común, también, para opiniones y artículos de aquellos cuyo trabajo se relaciona con el quehacer intelectual y con la creación artística y que en la ciudad viven (Antonio José, M^a Teresa León, Eduardo Ontañón...) o que por la ciudad pasan. Es el caso, por ejemplo de García Lorca cuando

nos visita en 1917 o de algunos profesores que vinieron a Burgos para intervenir en los Cursos Merimée de Sebastián, celebrados aquí desde 1908 para alumnos extranjeros.

Al mismo tiempo se desarrolla una cultura popular que ha sido calificada como “errática”, que “vaga entre la taberna, los bajos fondos y la calle” y que se encuadra dentro de esa rutina sólo rota por acontecimientos puntuales como visitas de reyes y personalidades políticas, el eclipse de sol, o la celebración de los centenarios de la batalla de las Navas de Tolosa y del inicio de las obras de la Catedral; por las fiestas, o por algunas celebraciones religiosas que terminan con jiras a las campas de la ciudad.

Se bailaba en el campo, en el Salón, en el Casino, en el café, o en las distintas sociedades creadas para ello como alternativa popular a los centros elitistas. El baile era una costumbre, una expresión de sociabilidad. La música una expresión de vida presente en todos los acontecimientos; un “altavoz de los ritos sociales en torno a los cuales configuramos nuestra existencia” según escribe Fernández de Mota. Así que en la ciudad, además de celebrarse distintos acontecimientos musicales, funcionan diferentes agrupaciones – civiles y militares – y corales polifónicas y destaca la labor individual de músicos como Antonio José, Olmeda, Beobide o Regino Sáinz de la Maza cuyos primeros años transcurren en Burgos.

No son sólo músicos los que de forma individual intentan renovaciones. La pintura y otras artes, escritores e historiadores tienen sus representantes. En ocasiones obtienen becas y ayudas de las instituciones locales que les permiten salir fuera, aprender y aportar aire fresco capaz de generar un tiempo de cambio caracterizado por la inquietud colectiva.

El crecimiento del empleo, sobre todo desde 1925, el paso por la ciudad de profesores e intelectuales, la presencia de estudiantes extranjeros, la popularización del cinematógrafo, el desarrollo de nuevos periódicos con otras ideas, el avance en la educación, la aparición de la radio, la irrupción de nuevas aficiones... son aspectos que fueron determinando una nueva forma de vivir la ciudad; una nueva forma de estar con mayor presencia, con mayor compromiso.

El Burgos de aquellos años vivió un tiempo inquieto definido por el empuje personal de artistas, creadores y pensadores y por el empuje colectivo desde la conciencia de que en el escenario del cambio todos tenían algún papel que representar. La guerra civil dismanteló aquel escenario y con ella se perdió el tren de la modernización por la que aquella generación luchó.

Esta exposición pretende ser un homenaje y un recuerdo para aquellos hombres y mujeres y en especial para Antonio José como músico y como ciudadano. Esta exposición pretende ser un esfuerzo de memoria necesaria desde el convencimiento de que de igual forma que no se puede conducir mirando hacia atrás tampoco se puede conducir sin retrovisor.

Juan Carlos Pérez Manrique
Comisario de la exposición

Notas sobre el Burgos de Antonio José (1902 - 1936)

I

Si pudiésemos regresar al Burgos en que nace Antonio José, nos llamaría la atención la tremenda pobreza de la mayoría de sus gentes. Los niños de familias jornaleras como la suya venían al mundo con sus esperanzas de vida recortadas. La mortalidad infantil era alta, se iba poco a la escuela porque desde muy pronto era preciso ayudar a las necesidades de supervivencia familiar y como los pucheros de mediodía eran siempre tan menguados, muchas meriendas se consumían camino del taller para la jornada de la tarde. Dadas las reducidas perspectivas de movilidad social, casos como el de Antonio José resultan excepcionales, porque muy pocos hijos de hogares humildes tenían la oportunidad de desarrollar su talento natural.

Evidentemente la miseria tenía que ver con un muy desigual reparto de la riqueza, pero también con la atonía económica en la que se hallaba sumida la ciudad desde hacía unas décadas. Un modelo de crecimiento como el que había impulsado los notables cambios de la época isabelina tenía sus límites. Para sostenerlo habría sido necesario impulsar un cierto desarrollo industrial y en las condiciones del Burgos de entonces, no era fácil que los capitales se sintieran tentados de romper las tendencias inversoras tradicionales. Aunque en algún momento se levantaron ciertas expectativas los yacimientos mineros de la zona de la Demanda no tenían nada que ver con los vizcaínos. Faltaba igualmente la fuerza motriz sin la que la industria mecanizada es imposible. No había carbón ni tampoco grandes posibilidades de hacer saltos de agua, porque los ríos burgaleses son poco caudalosos y con estiajes prolongados. En fin, Burgos no se benefició del Canal de Castilla, por el que se realizaba un intenso comercio de granos en dirección a Alar y a lo largo del cual se establecieron las principales harineras de la región y el trazado de algunos ferrocarriles como el Valladolid-Ariza o el Bilbao-La Robla no ayudó precisamente a ampliar mercados. Iniciativas como las de la Sociedad Azucarera Castellana S.A., la Vasco Castellana o las eléctricas iban a fracasar precisamente por los años de la infancia de Antonio José, propiciando que hasta mediados de los años veinte Burgos viviera instalado en un cierto fatalismo, con unas élites que miraban en exceso hacia el Estado y hacia fuentes de renta ajenas a los mercados.

A pesar de la pobreza, el nivel de conflicto en aquel Burgos de principios del XX era bajo. Aparte de que la miseria por sí sola suele tener efectos más bien paralizantes sobre el que la sufre, el carácter eventual de la mayoría de los jornaleros no favorecía actitudes muy reivindicativas. Predominaban aún en buena medida las viejas relaciones de clientela y, pese al esfuerzo de algunos republicanos y socialistas, la mayoría de la población entendía el orden social como el orden natural de las cosas. Estaban muy extendidas las actitudes de deferencia, que dejaban los asuntos públicos en manos de los de arriba y en una época donde nada se conseguía sin recomendación, casi todos se limitaban a buscar la protección de algún poderoso. La acción de las fuerzas de oposición se veía frenada, además, por la actividad de una Iglesia local tan reaccionaria en sus concepciones políticas y morales como convencida de que era necesario actuar en el plano social si se quería evitar la extensión de las ideas y las organizaciones socialistas entre los sectores populares. Uno de los brazos más activos de la Iglesia local en el terreno social eran los jesuitas, muy presentes en el Círculo Católico de Obreros, que precisamente en 1902 había inaugurado su nueva sede de la calle Concepción. Como ha señalado Miguel Ángel Palacios en su espléndido libro sobre Antonio José, seguramente la vinculación de la familia de éste con los jesuitas y con el Círculo fue decisiva para que las extraordinarias dotes musicales del niño no se perdieran.

Por una serie de factores que no hay espacio para tratar aquí, a partir de 1916, el aletargamiento de la ciudad se fue rompiendo en el plano social y político. Aumentaron los conflictos laborales que además fueron cobrando un perfil más enconado que el de otras épocas. Pero sobre todo subió notablemente el nivel de politización de la vida ciudadana y los burgaleses comenzaron a reclamar un mayor protagonismo en la toma de decisiones. Aunque no exista absoluta coherencia en sus movimientos y no

estén exentos de manipulación, son años en los que los ciudadanos se movilizan y salen a la calle, sea para impedir un "pucherazo" en las generales de 1916 y por vez primera provocar la elección de un candidato que no pertenece a ninguno de los dos partidos monárquicos que se venían turnando en el poder, sea para secundar -en este caso una reducida minoría de ellos- el movimiento revolucionario del verano de 1917, sea para apoyar en los dos años siguientes las reivindicaciones del denominado regionalismo "sano". Años en los que la oposición incrementa su actividad y se hace notar más, lo que obliga a las fuerzas conservadoras a emplearse más a fondo para no perder el control de la situación. Años en los que la revitalización de la vida política se traduce en una eclosión de la prensa y en una proliferación de periódicos de distinto signo político. La adolescencia de Antonio José coincide con ese proceso de revitalización política, que interrumpirá la dictadura del general Primo de Rivera en 1923, tres años después de que él hubiera partido hacia Madrid para completar su formación musical.

II

Sin duda es nuestro tiempo mejor que el pasado. Su característica es una bizarria y pujante plenitud en todo: en lo económico, en técnica, en maquinaria, en ciencia, arte, deporte, velocidad, muchedumbres, democracia y en una difusión de cultura completa y prometedora.

Cuando en 1929 Antonio José escribe esto, no está pensando en espacios concretos. Habla en general, tal vez influido por el éxito que va acompañando su propia peripecia personal, por la vitalidad de una cultura española en el mejor momento de lo que se ha denominado Edad de Plata y por lo que en toda Europa era la atmósfera de los felices veinte, justo antes de que el continente entero se abismase en la peor década de su historia y al final en la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial.

Burgos quedaba lejos de esa "pujante plenitud" que, además, como se iba a ver enseguida, no lo era tanto, pero la ciudad a la que entonces regresaba Antonio José después de su periplo malagueño, había evolucionado y, como se explica en la presentación de este catálogo, presentaba algunos rasgos modernos.

A comienzos de julio de 1925 se produjo la noticia de que se había aprobado el proyecto del ferrocarril Santander-Mediterráneo, que la ciudad recibió con una gran manifestación de júbilo. Con el inicio de las obras, la situación experimentó un vuelco espectacular y se inició una época de casi pleno empleo, que duró hasta finales de 1930. Al contrario que en el resto del país, durante este período los salarios nominales se duplicaron con relación a los que había en 1918 y como los precios bajaron un poco, las familias obreras vieron cómo se incrementaba su poder adquisitivo. Hubo excepciones -los jornales femeninos, por ejemplo, no subieron en esa proporción- y por otra parte el punto de partida era tan bajo, que a pesar de todo no se alcanzó aún el nivel salarial medio nacional, pero evidentemente la situación pasó a ser otra. Oleadas de personas se sintieron atraídas por esta buena coyuntura y se instalaron en la ciudad, que de ese modo rompió definitivamente su estancamiento demográfico, convertida al regreso de Antonio José en una urbe de 40.000 habitantes.

Las obras del ferrocarril tuvieron un efecto de arrastre sobre algunos talleres y pequeñas manufacturas; no fueron años malos para la construcción y aparecieron también algunas pequeñas industrias derivadas del ramo harinero de proporciones modestas, pero que se mantendrán después de la guerra, llegando a convertirse en una rama con cierta tradición. En fin, el buen comportamiento de una agricultura mejorada por el creciente empleo de abonos minerales y de la ganadería, contribuyó también a la bonanza, así como la creación en 1926 de la Caja de Ahorros Municipal, que desde ese momento no dejará de ir incrementando su presencia y su importancia en la vida económica de la ciudad. De toda esa vitalidad se benefició el comercio, que incrementó notablemente el volumen de intercambios y de artículos que formaban parte del mismo y avanzó hacia una mayor especialización del pequeño comercio. Para los propietarios de fincas urbanas también fueron años buenos, porque la presión sobre el suelo de toda esa avalancha de inmigrantes y el anuncio del Ayuntamiento de su voluntad de comprar terrenos en los que edificar barriadas de casas baratas, permitió especular con los solares y que se generaran importantes plusvalías. Para las clases acomodadas de la ciudad

podría valer entonces lo de los felices veinte y para los demás fue una época algo menos mala que las anteriores. Sin embargo, más allá de la especialización y diversificación de su comercio, Burgos no experimentó durante estos años ningún cambio cualitativo en sus estructuras económicas. En este sentido, la S.E.S.A. parece una isla en medio del océano, un hecho excepcional en una ciudad en la que al final de la dictadura sus pequeñas industrias no habían perdido sus rasgos tradicionales y cuyo perfil económico seguía definido por el predominio de las actividades comerciales y artesanales y por lo que aportaba la riqueza agraria de la provincia.

Lo que en 1930 sí había mudado notablemente era la sociedad, donde se habían asentado las clases medias, impulsoras principales de esa nueva cultura y de esas nuevas formas de ocio de las que habla Juan Carlos Pérez Manrique. Por abajo, no había habido cambios significativos en lo que se refiere a las ocupaciones de los trabajadores, pero el conjunto ya no era el mismo. Se había renovado, porque los que llegaron para trabajar en el ferrocarril se establecieron en la ciudad y no se marcharon al terminar las obras. Sobre todo entre la masa de jornaleros, había una gran cantidad de familias que eran recién llegados. La mayoría de ellas se establecieron en los barrios del sur, que son los que experimentaron un mayor crecimiento, con lo que en la ciudad se rompía cada vez más la estratificación social en vertical. En 1930 todos estos trabajadores venían de una experiencia de casi pleno empleo y cuando esto sucede es más difícil aceptar la vuelta a los malos tiempos de paro y penuria. Por último, el conjunto tampoco era el mismo, porque disponía de organizaciones sindicales consolidadas y que habían sido aceptadas como interlocutores en las relaciones laborales. A todo ello se iba a añadir enseguida el nuevo marco legal y de esperanza que abrirá la 2ª República.

En mi opinión, la República no se vivió de manera muy diferente a otros lugares y representó también en Burgos la culminación de un proceso de transformación que se había iniciado en el siglo XIX. La “niña bonita” —como se la llamó entonces— no careció en Burgos de base social, de gentes que la recibieron con entusiasmo y que vivieron estos años como un tiempo de esperanza no exento de momentos de frustración. Evidentemente tampoco faltaron sectores de la población que se sintieron incómodos con el nuevo régimen y que se movilizaron contra las reformas que se intentaron. En un contexto como éste tenían que producirse conflictos, que al desarrollarse en el marco de una estructura social que ya no era como la de comienzos de siglo, fueron percibidos con mucho más recelo y angustia por parte de quienes hasta entonces habían venido dominando el devenir de la ciudad.

Esos conflictos hicieron que la tensión fuera notable en algunos momentos, pero ni aquella era una sociedad fatalmente escindida en dos, ni la tensión tenía que derivar forzosamente en una guerra. Dentro de la derecha había disensiones. Los patronos y los sindicatos católicos se habían enfrentado en la primavera con ocasión de un conflicto laboral que protagonizaron los trabajadores del Círculo Católico. Entre los partidarios de Albiñana, responsables después de muchos de los “paseos” y asesinatos que se produjeron en la ciudad durante la guerra civil, y muchos católicos que se habían alejado de la República por sus sectarismo religioso, había un enorme trecho y toda una gama de actitudes. Y lo mismo ocurría en la izquierda donde anarquistas y socialistas habían llegado a las manos en más de una ocasión.

Este pluralismo, esta complejidad de la sociedad burgalesa, el hecho también de que fuese remitiendo la crisis de trabajo que había estallado con la depresión del 29 y, en fin, la enorme dificultad para que los enfrentamientos de clase deriven en un conflicto bélico si no media una intervención de las fuerzas armadas, llevan a pensar que probablemente la tensión hubiese ido disminuyendo y la nueva sociedad de clases asentándose. El golpe militar impidió que esa posibilidad terminara haciéndose realidad y además provocó una guerra en la que a la ciudad le correspondió un papel muy significado, que quizás le marcó decisivamente después y que nos privó, entre otros, de una persona tremendamente vital y que estaba llegando a la plenitud de su creatividad, como fue Antonio José.

Antonio Fernández Sancha
Universidad de Burgos

Panorama musical en Burgos (1902 - 1936)

A propósito de un centenario.

Burgos es una ciudad cargada de historia. En algunas ocasiones se ha vuelto la vista atrás sobre determinadas épocas y aspectos, por lo que cada vez son más las parcelas investigadas con profundidad y rigor científico.

Por otra parte, los humanos vivimos muchas veces entre aniversarios olvidados, aunque una fecha particular, que hubiera quedado perdida si no hubieran coincidido determinados acontecimientos –como el nacimiento de algún personaje relevante–, nos devuelve a esa valoración y nos fuerza a una mirada retrospectiva.

En cualquier caso, “los centenarios” existen un momento, en el presente, y en una especie de adelanto del futuro se compara el ayer con el presente. Parece, sin embargo, que aunque todo se vuelca en el pasado, no acertamos del todo a comprender ese pasado.

Quizá después, el centenario acabado, al volver a las casas con un revuelto de imágenes, exhumadas cuidadosamente ¡de cuántos lugares!, siquiera sea fugazmente, aquel pasado se abre, se extiende, busca sus inicios, recobra su sentido en la historia. Esa reconstrucción del ayer nos lleva deleitosa y mágicamente a compartir en público y en privado, un ritual complejo e íntimo, un oficio de placer y de memoria que es la reconstrucción del ayer y el conocimiento mejor de ciertos protagonistas que todavía permanecen en la memoria colectiva.

La magia venturosa de los centenarios, pues, les convierte en pretexto para volver sobre la urdimbre del pasado reciente y hasta nos sugiere algunos interrogantes importantes: ¿Cómo era el Burgos de principios del siglo XX?

A este respecto, con ocasión de la Exposición Burgos siglo XX, Antonio Fernández Sancha trazaba el siguiente perfil: “Julio Senador decía de estas ciudades castellanas que eran “pueblos taciturnos, en los que por todas partes se oye ruido de campanas y por ninguna ruido de motores”. Al poeta flamenco Emile Verhaeren, le parecía también que “vivían de ruinas” y esa impresión tenía también Darío Regoyos, que en 1899 le había acompañado en lo que acabaron llamando “viaje por la España Negra” y que nos dejó un cuadro tétrico de Burgos de cambio de siglo, en el que una Catedral terrible se asoma imponente y severa por detrás de los edificios de la Plaza Mayor. En el fondo superior del cuadro, la luz de una de esas tardes de invierno en las que el día agoniza aún joven, puede todavía con la noche, pero dentro de la ciudad vence ya la sombra, que deberíamos suponer reciente y, sin embargo, da la impresión de eterna, de casi consustancial con ella. Algunos comercios de los soportales tienen la luz encendida y en medio de un coso vacío, aparecen las insignificantes figuras –apenas dos pequeños bultos negros– de dos mujeres enlutadas que se han parado a conversar un momento. No hay más signos de vida que esos” (Fernández Sancha, A. (2001): “Burgos en torno a 1900”. En *Burgos Siglo XX*. Burgos, pág. 25).

Coincidimos con el profesor Fernández Sancha en que sin llegar a visiones tan extremas como estas, al evocar el Burgos de 1900 suele ser habitual pensar en una ciudad de estilo antiguo y pulso bajo, vuelta aún hacia el pasado, en una ciudad levítica si se quiere, rígidamente jerarquizada y todavía fuertemente dominada por la Iglesia. Y aunque algo habría de eso, porque los grandes cambios en historia son lentos, y desde luego pervivían todavía muchos rasgos propios de una ciudad tradicional, en cualquier caso, muchos o al menos algunos de estos rasgos fueron los que vivió en sus treinta y cuatro años de vida el músico burgalés Antonio José Martínez, que nacía precisamente en los albores de ese siglo XX recién concluido.

Panorama musical en Burgos (1902-1936).

Es ilustrativo que nos detengamos brevemente en analizar la importancia de un acervo cultural que a lo largo de la historia va formando culturalmente al hombre. Nos referimos a la música, arte que encanta el oído, interesa al espíritu y exalta el alma.

No decimos nada exagerado al afirmar que la música es una de los grandes bienes que el hombre posee: un bien que es como un sentimiento sublime cuyo último destello es la verdad. La música es la iniciación a lo inefable, y sin que nos demos cuenta tal vez, la puerta a la admiración: sus sonidos son vibraciones al viento que muchas veces vienen en ayuda de las seguridades de hombre para liquidar su razón materialista; brota de la comprensión del vivir, y es anuncio de vida y de liberación.

Hecha esta afirmación del valor de la música, no puede resultar extraño reconocer que no sólo en los últimos años de la centuria pasada (momento en que la música, mejor, las manifestaciones musicales más variadas han llegado a su grado máximo de difusión: conservatorio, orquesta, bandas, orfeón, coro universitario, corales, coros parroquiales, Pueri cantores, orfeones infantiles...) aunque no a su grado máximo de comprensión.

En todo caso, desde hace varios siglos hay noticias que nos indican que en nuestra ciudad había una importante práctica musical. Bastaría recordar la existencia de numerosos y magníficos órganos en la Santa Iglesia Catedral y en otras iglesias de la ciudad y provincia. Tampoco debemos desdeñar la riqueza documental que conserva el archivo catedralicio, música relacionada con la música sacra y también con la música polifónica.

No podemos dejar de referirnos a la práctica musical, hecho por otra parte común, que se daba en las ciudades más destacadas de Europa y también de nuestro país, especialmente el cultivo de la música religiosa bajo el prisma de la rigurosa profesionalidad. Estas circunstancias se verán continuadas en siglos posteriores, más acentuadas en algunos otros lugares de la geografía española, pero con clara incidencia en el ámbito burgalés. El desarrollo de esta música religiosa tendría lugar de manera especial a través de la Institución catedralicia del "Maestro de capilla".

En efecto, los maestros de Capilla, los niños de coro que han pervivido en nuestra ciudad hasta mediados del siglo XX (y que han vuelto a ser reinstaurados en la actualidad), los mozos de coro o los cantores de oficio constituyen una interesante cantera de voces a la vez que el caldo de cultivo del que salieron músicos importantes.

Antonio José conoció la obra, y tal vez, al maestro don Federico Olmeda, muerto en plena juventud, pero con una gran fama como músico y como compositor. Sin duda tuvo un trato cercano con Julián García Blanco, maestro de Capilla de la Catedral de Valladolid, que tanto influyó en la personalidad del músico Antonio José.

Mas nada surge por generación espontánea. Si es innegable que en nuestra ciudad existe una dilata tradición musical y ha habido burgaleses inscritos en la historia de la música, ello fue posible porque hubo gentes que como partícipes y guardianes conservadores del tesoro musical pusieron en marcha algunas experiencias que se robustecieron con el paso de los años en sucesivas actividades musicales.

Así, a finales del siglo XIX actuó en el teatro principal Albeniz, y cada tarde de los meses de julio y agosto las bandas de música de la guarnición -La Lealtad y San Marcial- daban conciertos en el Paseo del Espolón. Habríamos de añadir algunas iniciativas importantes, como por ejemplo, la creación y el mantenimiento de la Academia de música perteneciente "y asistida por Nicolás Quesada", o de los sextetos de música instrumental del maestro F. Oliván y el de N. Quesada, el nacimiento temprano de la coral Santa Cecilia o la creación del Orfeón burgalés en el año 1893, así como la fundación en 1910 de la Filarmónica burgalesa, hitos sin duda que evidencian la amplia tradición musical de Burgos.

Habríamos de destacar algunos nombres sobresalientes que conoció sin duda Antonio José y que habían nacido en nuestra ciudad y provincia. Otros fueron contemporáneos del músico y compartieron inquietudes y preocupaciones o influyeron en su formación y en su pasión por la música.

Antonio de Cabezón o Francisco Salinas, grandes organistas o teóricos de la música. Ya avanzando en el tiempo, no podemos olvidar la figura de R. Sáinz de la Maza: "Sáinz de la Maza toca una guitarra sin ilustraciones que aumentan los pobres y escasos recursos del instrumento", decían de él los críticos musicales en el año 1923. Mención especial merece Julián García Blanco, organista y armonista. Se encargó de la enseñanza de la música en las Escuelas de San Lorenzo, teniendo como discípulo a Antonio José.

¿Cómo olvidar otros nombres, otras vidas, otros músicos coetáneos del músico homenajeado? Jacinto Sarmiento, Gonzalo Arenal, Esteban Vélez Camarero, Antonio Nebreda, Rafael Calleja, el maestro Beovide, don Domingo Amoreti, don Emilio Rayón y otros muchos más que constituyen un abanico de grandes de la música y del panorama musical burgalés.

En síntesis, Antonio José vive inmerso en una vida cultural intensa y sueña para su ciudad una profunda transformación: "sin duda, escribía él en 1929, es nuestro tiempo mejor que el pasado. Su característica es una bizarrísima y pujante plenitud en todo: en lo económico, en la técnica, en maquinaria, en ciencia, en arte, deporte, velocidad, muchedumbres, democracia y en una difusión de cultura completa y prometedora" (Palacios Garoz, M. Á. (2002): En Tinta Roja "Cartas y otros escritos de Antonio José". Pág. 319).

Este laudo sobre el nivel cultural que él vive se completa con una hermosa confidencia, que nos sirve para confirmar que el panorama cultural y musical del Burgos de los años 30 era esperanzador: "He estudiado allí donde he vivido: en Burgos, en Madrid sobre todo, en París y en Málaga. El fruto de mis estudios es una alegre comprensión, más exacta cada vez, de la vida. Siento una obsesionante y febril curiosidad hacia "el porqué" de todas las cosas...

En música prefiero las obras escritas con emoción, con arte y con ciencia. Aborrezco el snobismo y me guío únicamente de mi criterio y sensibilidad. Ante una página hermosa no pienso en prejuicios de nombre de escuela ni de época. Y así, me asombra Bach; me encanta Scarlatti, Corelli, Couperin, Rasorprenden Schumann, Schubert y Chopin; me deleitan Grieg y Debussy; me entusiasman Borodin, Rimsky-Korsakow (a veces), Mousorgsky, y más que ninguno Strawinsky; Scriabin y Falla me atraen, me inquietan como las alturas grandes o los abismos; en Prokofieff hallo un infantilismo delicioso; y nadie me emociona tanto como Ravel.

Claro está que me interesan innumerables autores más, presentes y pasados, porque en música tengo gustos extrañamente amplios..." (Palacios Garoz, M. Á. (2002): En Tinta Roja "Cartas y escritos de Antonio José". Pág. 321).

Estas palabras de Antonio José sirven para evidenciarnos su amplísima cultura musical y, antes que nada, mostrarnos su alma inquieta y sus sueños, sus gustos, su proyecto... Tal vez, sin pretenderlo, nos pintó el hermoso panorama de una edad y de un futuro para Burgos.

Pintores burgaleses entre dos siglos

Tras el desolador panorama artístico de la primera mitad del siglo XIX marcado fundamentalmente, en la ciudad de Burgos, por los efectos de la Guerra de la Independencia, los esfuerzos desarrollados por la Escuela de Dibujo del Real Consulado del Mar, fundada en 1786, como el único centro especial en la enseñanza de las materias artísticas existente en Burgos, comenzó a dar sus frutos ya en la segunda mitad del siglo XIX, logrando su consolidación definitiva en la formación de nuevos valores a comienzos del siglo XX. A esta escasa oferta docente en la ciudad, hay que sumar la decisiva contribución que ejerció la política de Becas y Ayudas de la Diputación Provincial de Burgos, que no sólo luchó por mantener la dignidad de la enseñanza en la Academia del Consulado, sino que pensionó a numerosos artistas locales que pudieron, gracias a su apoyo, ampliar sus estudios y conocimientos tanto en los centros especializados de Madrid, como en otras capitales europeas, París y Roma, consideradas, en estos momentos, a la cabeza de los movimientos artísticos de la vanguardia europea.

Las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, celebradas en Madrid, escaparate y reflejo de las importantes transformaciones artístico-sociales que acontecen desde la segunda mitad del siglo XIX en España, también fueron utilizadas por los artistas burgaleses como plataforma de promoción de su pintura obteniendo, en ocasiones, importantes distinciones. Así merece destacarse la Primera Medalla obtenida, en 1862, por Dióscoro de la Puebla con su obra "Primer desembarco de Cristóbal Colón en América" o, entre otros muchos premios, la Medalla de Honor concedida, en 1934, a Marceliano Santa María por "Figuras de romance".

A lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX la nómina de pintores burgaleses que ejercieron su profesión fue más bien escasa, aunque ya se perciben síntomas de recuperación. Sin ninguna duda la figura que domina este período es la de Dióscoro de la Puebla (Melgar de Fernamental 1831 – Madrid 1901), pintor considerado y reconocido en Madrid donde desarrolló su carrera profesional. Profesor de colorido y composición de la Escuela Superior de Pintura Escultura y Grabado de la que llegó a ser director, en 1897 a la muerte de Luis de Madrazo, y desde donde colaboró decisivamente en el apoyo a los jóvenes artistas burgaleses que se trasladaban a la capital para ampliar sus estudios.

Entre la nómina de pintores que ejercieron su actividad artística en Burgos, a finales del siglo XIX, cabe destacar, primeramente, a aquellos que ejercieron una importante labor docente en el seno de la Academia del Consulado así las figuras de Isidro Gil Gavilondo (Azcoitia 1834- Burgos 1917), que desarrolló su profesión como dibujante e ilustrador de temas costumbristas, activo colaborador de la principales publicaciones de la época, y docente en Burgos, donde fue profesor de la Academia del Consulado al igual que Evaristo Barrio (Zaragoza 1841- Burgos 1924) que llegó a ser director de la misma en 1886, cargo en el que le sucedió Manuel Izquierdo Ordóñez (Burgos 1862-1936). Tuvieron como alumnos a reconocidos pintores como Marceliano Santamaria, Luis Gallardo, Luis Manero, Julio del Val, etc..., que llegaron a ser importantes personalidades en los ambientes artísticos de la capital burgalesa.

También merece destacarse la personalidad artística de Juan Antonio Cortés y García de Quevedo (Bayona 1851 – Burgos 1944) que ejerció la labor docente en Burgos al frente de las clases de dibujo del Círculo Católico de Obreros, que él mismo fundó en

1878. Pintor polifacético que cultivó tanto el paisaje lleno de colorido, como su “Vista de la iglesia del Carmen de Burgos” en el que también introduce elementos costumbristas, el regionalismo o el retrato.

Dentro del panorama artístico burgalés de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX sobresale, fundamentalmente, la figura de **Marceliano Santa María** (Burgos 1866 - Madrid 1952). La fama le reconoció desde muy joven, consiguiendo importantes distinciones en sus participaciones en las Exposiciones Nacionales. La Diputación Provincial de Burgos le concedió una beca para ampliar sus estudios en Roma donde comenzó una serie de grandes producciones como “El triunfo de la Santa Cruz”, por la que obtuvo Medalla Única en la Exposición Internacional de Chicago en 1893, que contribuyó a cimentar su prestigio tanto en Burgos como en los círculos artísticos de la capital. A su regreso a Madrid, donde instaló su taller, desarrolló una importante labor docente, ya comenzada años antes en Burgos como profesor de dibujo del Círculo de Obreros, en la Escuela Central de Artes y Oficios de la que llegó a ser su director. Desde su privilegiada posición apoyó decisivamente a los pintores burgaleses que se trasladaban a Madrid. Siguió conservando, a lo largo de toda su carrera, el reconocimiento de su ciudad natal, Burgos, fuente esencial de inspiración en sus cuadros de paisajes, llenos de colorido y recursos efectistas, que le llevaron a ser considerado como el “pintor de Castilla”. Las dos décadas anteriores a la Guerra Civil fueron los años en los que alcanzó un mayor prestigio, así Burgos se sumó a las numerosas distinciones que le tributaban en Madrid y en el año 1924 le rindió un homenaje en el Teatro Principal, con la participación de todas las instituciones locales. Su pintura de paisaje, fundamentalmente de pueblos y caseríos de la provincia que nos trasmite una visión alegre y llena de luminosidad de Castilla, creó escuela en Burgos y fueron numerosos los pintores más jóvenes que siguieron desarrollando un estilo pictórico y una temática muy similares.

Otros pintores que también alcanzaron notoriedad en el cambio de siglo fueron: **Luis Gallardo** (Burgos 1868-1937) que compaginó el desarrollo de su actividad profesional como jurista y empresario con su verdadera vocación que fue la pintura. Destaca por su labor como paisajista, centrándose en la representación de pequeños pueblos, paisajes de carácter intimista, luminosos y alegres, muy cercanos a la producción de Marceliano, del que fue compañero de estudios. **Luis Manero** (Burgos 1876-1937), quien, tras disfrutar de una beca en Roma concedida por la Diputación Provincial, instalará una academia privada en Burgos para impartir lecciones de dibujo y pintura. Finalmente ingresará como profesor en la Academia del Consulado llegando a ser su director en 1936, a la jubilación de Manuel Izquierdo. Practicó todos los géneros pictóricos, siempre dentro del realismo figurativo, así paisajes del entorno inmediato de la ciudad de Burgos, bodegones, retratos y escenas de género, algunas asignables al realismo social con una cierta dosis de denuncia, como la magnífica figura de “El niño loco”. Finalmente el más joven de esta primera generación de pintores surgidos de la Academia del Consulado es **Julio del Val Colomé** (Villaverde Peñahorada 1878 – Madrid 1963), asimismo pensionado por la Diputación Provincial en París y Roma, fue un pintor de temática variada - cuadros de inspiración mitológica o literaria, paisajes, bodegones, religiosos, etc...- entre la que destaca la de carácter regionalista netamente castellana, e incluso burgalesa, sintiendo una clara predilección por las romerías populares y el folclore, de la que es un claro ejemplo “La subasta de las ánimas”

Otros pintores como **Andrés García Prieto** (Peral de Arlanza 1846-Santander 1915), **Ciriaco de la Garza** (Tubilla del Agua 1865-¿) o **Encarnación Bustillo** (Villarcayo 1876-Madrid ¿) desarrollaran sus actividades fuera de la provincia por lo que no tuvieron la fortuna de ser reconocidos en su tierra natal.

Una segunda generación de pintores, que desarrollaran su actividad fundamentalmente a partir de las primeras décadas del siglo XX, está ocupada por las personalidades de **Javier Cortés Echánove** (Burgos 1890- Madrid 1991), hijo del también pintor Juan Antonio Cortés, obtuvo en 1910 una beca de la Diputación para estudiar en París y en 1916 fue nuevamente pensionado por el Círculo de Bellas Artes. Desarrolló su trabajo en Madrid donde llegó a conservador del Museo de la Real Armería. Cultivó todos los géneros artísticos destacando sus paisajes de tierras burgalesas y sus retratos. **Fortunato Julián García Hernando**, (Burgos 1891-1972) profesor de la Academia del Consulado destacado dibujante e ilustrador. Sensible colorista que se movió dentro de una estética modernista. **Federico Cepeda Osorio** (Burgos 1893 - ¿) becado por la Diputación en Madrid donde será alumno de Marceliano Santamaría, centrado en la pintura de género y social que destila un cierto carácter crítico.

La prematura muerte de **José María Muñoz Melgosa** (Burgos 1897-Madrid 1935), truncó una de las carreras más prometedoras del panorama artístico burgalés de comienzos de siglo. Pintor sensible, formado en París, destaca, junto a sus producciones de carácter simbolista, como un excelente retratista dentro de la órbita del modernismo. **Alberto Retes** (Burgos 1900 - 1958) dibujante e ilustrador realizó numerosos bocetos de cartones para la fábrica de alfombras de Burgos y para la de naipes de Fournier. Desarrolló su actividad como ilustrador y decorador fundamentalmente en Málaga y Palma de Mallorca; finalmente es reseñable la personalidad de **Francisco Sáinz de la Maza** (Burgos 1900- Barcelona 1984). Su traslado a la ciudad de Barcelona con tan sólo 17 años hace que sea una figura más conocida en el panorama artístico catalán que en su tierra natal, hermano del guitarrista Regino Sáinz de la Maza forma parte de una amplia familia de artistas con profundas vinculaciones burgalesas.

Dentro de los artistas más jóvenes que comenzaron su actividad a comienzos del siglo XX pero cuyo desarrollo profesional abarca casi completamente el pasado siglo son de destacar: **Próspero García Gallardo** (Burgos 1905-1991) pintor aficionado que cultivó sobre todo un paisaje castellano colorista, de factura rápida, principalmente de los pequeños pueblos burgaleses. **Modesto Ciruelos** (Cuevas de San Clemente 1908- Burgos 2002) uno de los pintores más reconocidos en su ciudad, fallecido recientemente, que trabajó siempre dentro de los movimientos vanguardistas y más comprometidos con la realidad política de la época. Participó en el Pabellón de España en la Exposición Internacional de París de 1937, junto a otras figuras del panorama artístico español de renombre internacional. Cultivó todos los géneros realizando producciones tanto dentro del expresionismo como de la abstracción, sin olvidar importantes etapas dentro de su carrera con producciones figurativas. Participó en innumerables certámenes y concursos obteniendo importantes distinciones, entre las que cabe destacar la Medalla de Oro a las Artes concedida por la Junta de Castilla y León. **Damián Villada Francés** (Quintana del Pidio 1913-Madrid 1935) a quien la muerte le sorprendió en Madrid estudiando en la Academia de San Fernando gracias a una beca concedida por la Diputación Provincial. Finalmente **Rigoberto González Arce** (Burgos 1914- 1985), asimismo becado por la Diputación Provincial, desarrolló una importante labor docente a partir de los años cuarenta, una vez terminada la Guerra Civil. El pintor se movió en un universo de paisajes y vistas urbanas de su ciudad, siempre dentro del color y la sensibilidad, junto con numerosos bodegones y retratos.

Marta Negro Cobo
Museo de Burgos

Cultura literaria en el inicio de un nuevo siglo

El desarrollo demográfico y urbano en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, posibilitó un importante desarrollo cultural. El periodo de entresiglos supuso el inicio de un segundo renacimiento en la cultura burgalesa que alcanzaría hasta las vísperas de la guerra civil. A ello contribuyen la actividad de diversas asociaciones e instituciones, la investigación de los eruditos, el desarrollo de la prensa o la obra literaria de autores notables.

La nueva burguesía -a imagen y semejanza de lo que sucedía en otras provincias españolas- creó muy pronto sus centros de cultura y diversión donde se realizaban juegos florales y otras actividades culturales. En 1858 se había fundado el Salón de Recreo; en el año 1881, el Círculo de la Unión; el Teatro Principal, inaugurado en 1858, alcanza a comienzos del siglo XX su máximo esplendor, erigiéndose en templo de la cultura burgalesa. Además del Teatro Principal, iniciado el siglo se crearon otros nuevos como el Teatro-Café Parisiana, fundado en noviembre de 1911 o el Teatro-Cine Coliseo, en abril de 1925, que ofrecían a los burgaleses numerosas representaciones teatrales, conciertos o las primeras sesiones del incipiente cinematógrafo.

La labor cultural del Salón de Recreo se prolongaba también a través de la Biblioteca Social, remodelada y modernizada en 1915 y que a principios de siglo contaba con varios miles de ejemplares. Frente a esta Biblioteca Corporativa, los burgaleses disponían de Biblioteca Pública desde 1871. Ubicada en el Consulado del Mar, dependía de la Diputación Provincial y sus fondos provenían fundamentalmente de los libros incautados a los Monasterios. Pero la vida cultural y literaria, la lectura en concreto, hasta bien entrado el siglo XX era prácticamente inexistente entre las clases populares. En las primeras décadas del siglo fue avanzando la corriente que consideraba el libro como un producto no exclusivo de minorías. Las clases populares y obreras iban a disponer a partir de la segunda década, de otras Bibliotecas como la de la Casa del Pueblo o la del Ateneo Popular, que disponía de una biblioteca ambulante con más de 2.500 libros entre los que se podían encontrar una amplia selección de obras y autores.

A partir de 1922, la Comisión Provincial de Monumentos, editó un Boletín en cuyas páginas pudieron estudiarse cuestiones de índole cultural, literaria, histórica o artística. Eloy García de Quevedo, Juan Antonio Cortés, Domingo Hergueta, Luciano Serrano, Abad de Silos, Luciano Huidobro, Matías Martínez Burgos, son algunos nombres que contribuyeron a la difusión de la historia y la cultura local a través de estas páginas. Sucedió a esta Comisión Provincial de Monumentos la Institución Fernán González que, hasta hoy, alcanza su importante labor investigadora.

Se multiplicó la edición de estudios locales realizados por eruditos como Anselmo Salvá, Archivero del Ayuntamiento Buralés y Cronista de la Ciudad. Su prosa se manifiesta en obras costumbristas como *Tipos Burgaleses* (1892), *Remembranzas burgalesas* (1894) o en enayos como *Historia de Burgos* (1914 y 1915) o *El día del Señor en Burgos* (1900). Pero el pensamiento de este escritor se asoma al medio que tenía una mayor difusión entre los ciudadanos, la prensa. Salvá colaboró en numerosas publicaciones burgalesas como el *Caput-Castellae*, *El Papa-Moscas*, *Diario de Burgos* o *El Castellano*.

La prensa escrita ha ejercido a lo largo del siglo una importante función en la transmisión cultural y literaria. Muchos de los eruditos anteriormente citados expusieron sus ideas en los periódicos y publicaciones locales. La prensa, a la vez que ofrecía al lector textos literarios como las novelas por entregas que gozaron de una gran aceptación, informaba a los ciudadanos de las actividades culturales que se desarrollaban en la ciudad; especial relevancia adquieren las crónicas que en la época estival ofrecía *Diario de Burgos* sobre el desarrollo de los Cursos de Verano Merimée-De Sebastián.

Pero junto a estos aspectos, conviene destacar que la prensa fue el cauce en el que muchos escritores iniciaron o desarrollaron su vocación literaria. Y de este maridaje entre periodismo y literatura tenemos en Burgos ejemplos singulares. En el verano de 1917, el catedrático de Teoría de la literatura y de las Artes de la Universidad de Granada, don Martín Berrueta, se acercó a Burgos para asistir, junto a un grupo de alumnos a los cursos de verano

hispano-franceses que se celebraban en nuestra ciudad. Entre los alumnos que le acompañaban, hay un universitario granadino. El joven se llama Federico García Lorca. Todo lo que descubre en el norte este joven del sur, lleno de sensibilidad y de inquietud literaria, lo describe en una serie de artículos que fueron publicados en el verano de 1917 en *Diario de Burgos* y que, al año siguiente, en abril de 1918, aparecen publicados en un libro bajo el título *Impresiones y paisajes*. “San Pedro de Cardena”, “Las monjas de las Huelgas”, “Divagaciones. Las reglas de la música” o “Mesón de Castilla” son algunos títulos del Lorca viajero por tierras burgalesas.

También Francisco Grandmontagne encontró su vocación literaria a través del periodismo. De la prensa -colaboró en las más importantes cabeceras bonaerenses- saltó a la narrativa, al teatro y al ensayo. Hoy, por encima de su faceta como novelista destaca su actividad como publicista. La mayor parte de sus escritos se hallan diseminados en las miles de páginas que publicó en periódicos argentinos (*La Prensa, La Nación*) y españoles (*El Sol, Diario de Burgos...*). M^a Teresa León colaboró en *Diario de Burgos* desde 1924 hasta 1928. Cuentos infantiles, crónicas culturales y sociales, bellos artículos literarios, constituyen la protohistoria literaria de esta escritora burgalesa que en la prensa encontró un magnífico laboratorio para su incipiente prosa. Nuestra ciudad conoció la edición de sus dos primeras obras, *Cuentos para soñar* (1928) y *La bella del mal amor* (1930). Burgos, el Burgos de principios de siglo está delicada y poéticamente reflejado en muchas de sus páginas. Finalmente, la obra literaria de M^a Cruz Ebro no puede entenderse desligada del periodismo, ya que a lo largo de toda su vida colaboró asiduamente en la prensa local. Burgos se convierte en una constante de sus escritos periodísticos y narrativos, especialmente en *Memorias de una burgalesa*. A estos nombres es obligado añadir la figura de Eduardo Ontañón, heredero de la actividad periodística de su padre, Jacinto Ontañón, fundador y director de *El Papa Moscú*. En dicho periódico inició su actividad literaria que continuó en *El Sol* y en la revista *Estampa*. Fue fundador y participante activo de la tertulia El Ciprés y su obra prosística de mayor calidad se editó en el exilio mejicano.

Otras Asociaciones como el Círculo Republicano o la Asociación de la Prensa, creada en 1915, dinamizaron la vida cultural burgalesa. El Círculo de Obreros, fundado en 1883, entre otras muchas finalidades trata de ocuparse del ocio de las clases populares mediante la creación de talleres, de entidades recreativas y deportivas y conferencias de moral, religión y cultura. También el Partido Socialista atiende a las necesidades culturales de la clase obrera a través de sus múltiples iniciativas: la Biblioteca de la Casa del Pueblo inaugurada en marzo de 1912, el Orfeón Obrero, el Grupo Artístico que amenizaban veladas teatrales y reuniones, sus órganos de prensa -*El Socialista* hasta 1918, después *El Pueblo, Semanario Democrático* en 1919 o *El Luchador* en 1920- y otras actividades de carácter formativo que completan un proyecto de transmisión cultural claramente diferenciado de otros modelos citados.

Pero la creación del *Ateneo de Burgos* en 1924, tuvo una importancia sustancial. El *Ateneo de Burgos*, que contó con el apoyo de los principales intelectuales burgaleses como Luciano Huidobro, M^a Cruz Ebro, Teófilo López Mata o Domingo Hergueta, tuvo entre sus principales méritos la reactivación del Orfeón Burgalés, tras veinte años de inactividad. Si la labor cultural de Sociedades como El Salón de Recreo respondía a un modelo de cultura burguesa con una clara intención de diferenciación social, el *Ateneo de Burgos*, según recoge su declaración inicial, persigue la elevación cultural de todos los burgaleses. Numerosas iniciativas -charlas, conferencias, exposiciones, excursiones...- tienen como principales destinatarios a los obreros y a las clases populares; incluso algunas actividades llegan hasta la población reclusa del penal de Burgos.

Otra institución digna de reseñar es el *Ateneo Popular* de Burgos. Nacida en 1928, en sus inicios estuvo vinculado a los socialistas y hasta 1930, ubicado en la Casa del Pueblo. Su finalidad fundamental era satisfacer las necesidades de la instrucción popular. Además de su Biblioteca ambulante, poseía un *Boletín informativo* publicado desde 1934. Personajes relevantes de la cultura española como Gerardo Diego y José Bergamín o estudiosos locales como Matías Burgos o Eloy García de Quevedo, participaron en las conferencias que sobre aspectos educativos, políticos o benéfico-asistenciales organizó dicha institución.